

4 Atravesando Le Mont Lozère visito: La Garde Guerin, Castanet, un treking a la cima del Finiels 1699 mts, Mende y Marvejols. Por las tierras de Peyre explorando: la aldea de Le Malzieu y la bestia de Gévaudan. De ruta al río Lot sorprendiéndome con: Le Monastier, La Conourgue - entrando en el Aveyron y recorriendo el valle del Lot visitando Saint-Geniez-D'Olt.

LA GARDE GUERIN



Le Mont Lozère es un caos granítico con inmensos prados de altura salpicados de pueblos diminutos de típica arquitectura. Granjas aisladas erigidas con un granito recubierto por la pátina del tiempo, densos bosques y pintorescos pantanos. Es nacimiento de ríos caprichosos y majestuosos como el Tarn y el Lot cuyas aguas mueren en el Atlántico, o el más discreto Ceze que desemboca en el Ródano.

Un lugar de bosques, fuentes y arroyos, crestas peladas y amplios espacios de paisajes salvajes y protegidos que albergan una flora y fauna rica y variada. Valores suficientes para ser declarado por la UNESCO reserva mundial de la Biosfera.

Al poco de salir de Le Pont de Montvert perdí de vista el Tarn y remontaba el valle de Luech por una carretera de alta montaña. Los amplios horizontes fueron ocultados por tupidos bosques, entre los que se vislumbraban pequeñas y vetustas aldeas.

En la población de Génolhac, acondicionada para los deportes de invierno, abandoné por mi izquierda la carretera directa a Villefort para realizar un pequeño rodeo por una carretera más panorámica. Alcancé el Belvédère des Bouzès a 1235 metros de altura; en este lugar el terreno se hallaba despejado de árboles y el punto panorámico me permitía contemplar, entre suaves colinas y valles, un lejano horizonte sobre las tierras del Gard. Continué por esta silenciosa y tranquila carretera confinada entre hayedos, abetos, castaños y robles, junto a brezos y escasos prados.



Dejando el desvío a la estación de deportes invernales de Mas de la Barque, proseguí al panorama de Pré de la Dame. Desde este lugar obtuve una bonita vista del alto valle de la Céze, cuyo río desemboca en el Ródano. El paisaje era precioso y la calma absoluta, se escuchaba el peculiar silencio de la naturaleza. Las colinas herbosas y los frondosos bosques se extendían por el horizonte como una alfombra verde y abultada.

Abandonando Pré de la Dame franqueaba grandes y escarpados bloques graníticos y, bajando la pendiente, resaltaba en el horizonte la silueta de los Alpes velada por la calima. Llegué a la planicie desde donde descubriría los valles de la Borne y de Chassezac, que me acompañaran en la subida a la aldea de La Garde Guérin. Los campos se proyectan en terrazas de cultivos y aparecían las primeras granjas que me señalaban la llegada a Villefort.

A la salida de esta población apareció el Lac de Villefort. Una enorme presa hidroeléctrica y un hermoso lago entre montañas con un excelente entorno tranquilo y sereno; de un encantador contraste de la masa de agua rodeada de un paisaje de alta montaña. Había una pequeña playa de fina arena, agua limpia, transparente, botes e instalaciones turísticas. El lugar me sugería realizar un alto para refrescarme y descansar, ya que el calor de la tarde era inmenso, pero me invadió la sensación de exquisitez e intenso bienestar ante la idea de que estaba a punto de descubrir algo memorable y continué a la próxima La Garde Guérin.

Dejé a mi izquierda el cruce de Mende e inicié la subida a la aldea, a mi izquierda tenía el panorama refrescante del lago y a mi derecha se abrían los barrancos y cañones de Chassezac, ofreciéndome ese estupendo contraste de paisaje entre calmoso y abrupto. Y acompañado de esta bella diversidad llegué a La Garde Guérin.







La Garde-Guérin irrumpió encaramada, a 860 metros de altura, sobre una meseta rocosa en las elevaciones del lago Villefort y emplazada en un entorno excepcional, rudo e indómito, junto al paraje salvaje de las gargantas de Chassezac.

Atravesando una de las antiguas puertas de la muralla me adentré en la aldea fortificada. En seguida me hechizó los restos del castillo y un alto torreón que dominaba todo el paisaje. Al principio la escalera de caracol subía fácilmente los 21 metros de altura, pero... justo el último tramo desaparecía y tenía que trepar metiendo los pies en unos pequeños agujeros abiertos en la piedra, y apoyándome en la trampilla accedí al exterior.

La vista era grandiosa y de una vibrante naturaleza saturada de cambiantes gamas de verdes, perfilados por variedades de formaciones, en la que coexistían suaves y apacibles prados junto a salvajes terrenos graníticos desgarrados por milenios de erosión.

Desde esta atalaya del s.XII, disfrutaba de una perspectiva espléndida de los tejados de lajas bañadas por la luz del sol y el juego de brillos y sombras de las calles de esta minúscula aldea asentada al borde del barranco de Les Gorgues de Chassezac. El resto del paisaje se extendía en un manto de parcelas de cultivos, así como pastos para el ganado. Los bosques llenaban todo el horizonte, desde la mole maciza de Le Mont Lozere hasta las tierras del Ardèche... y a lo lejos... destacaba la cumbre blanca del Mont Ventoux en la Provence.

El tiempo era extraordinario, brillaba el sol sobre un resplandeciente cielo azul, caldeando esta bella tarde sin una pequeñísima brisa. Todo era sol, nada se movía y el sudor me caía por la frente, me resbalaba por los brazos, la presión de la mochila me pegaba la ropa a la espalda y la cámara de fotos estaba bañada de mi transpiración.







La población, aparece en el s.XII por petición del obispo de Mende, en la necesidad de crear un puesto fronterizo defendido por una guarnición encargada de la seguridad y cobro de peajes de los viajeros, peregrinos o mercaderes que se dirigían desde el macizo central al Mediterráneo. De ahí su nombre inicial de La Garde, el nombre de Guérin no se le añade hasta 1298.

Durante las guerras de los cien años y las de religión la aldea fue quemada en varias ocasiones. De aquella época solo subsisten los restos del castillo y la iglesia románica de St. Michel, siendo el pueblo reconstruido entre los años 1595 y 1597.

Después de gozar del paisaje desde lo alto del torreón, abordé el descenso con la intención de descubrir esta preciosa aldea que forma parte de la selecta comunidad de “Les Plus Beaux Villages de France”. Descubrí un pueblo detenido en el tiempo; paseaba entre callejones adoquinados ceñidos por encantadoras fachadas de sillares de piedra de admirable manufactura. Todo ofrecía una impresión de pulcritud y una armonía especial.

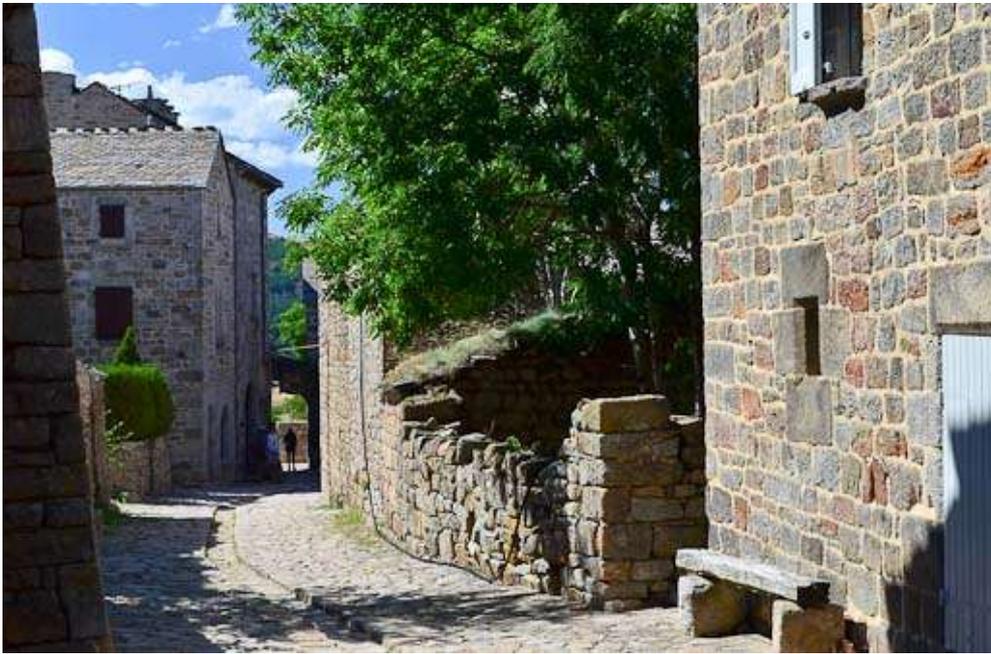
Este inaudito y hermoso pueblo medieval posee un especial carácter montañés, con unos 30 antiguos y estupendamente rehabilitados caserones, en algunos percibí que conservaban su fecha de construcción del s.XVI.

La Garde Guérin se encuentra cercada por la vieja fortificación, que fusiona e integra la aldea con los campos que la circundan. Unificando de una forma estupenda el alma de la vieja piedra tallada con la imagen de la naturaleza de los suaves prados y la salvaje de las gargantas.











Detrás de la torre hay un prado con un murete en su extremo; desde aquí se revelaba una impresionante vista del abismo de las Gorgues de Chassezac, con más de 400 metros de profundidad, y cuyo río del mismo nombre y afluente del Ardèche esculpió hace millones de años.

Para observar mejor esta extensión salvaje conduje hasta el “Belvédère du Chassezac” que se encuentra a poca distancia de La Garde Guéri. Alcancé la señalización del parque del Belvédère du Chassezac y caminado por un sendero llegué al mirador desde donde se admiraba este impresionante paisaje.

Una salvaje zona caótica, de rocas y cascadas de agua, que caen al fondo del valle formando un estrecho barranco en cuyo fondo fluye con ímpetu el Chassezac. El lugar se hallaba dispuesto con pasarelas y escaleras que ofrecían recorrer la zona y examinar la estratégica posición que ocupa La Garde Guérin, asomándose a este barranco.

El sol caía sobre el horizonte y las sombras se alargaban... ese momento mágico del ocaso del sol. Me encontraba solo en esta inmensidad, únicamente percibía el ruido del agua redoblando, como un eco, en las paredes del barranco. Con el atardecer aumentó el calor y el inexistente viento no refrescaba el lugar y regresé a la aldea para admirar la despedida del día entre tonalidades naranjas y rojizas.

La Garde Guérin me mostraba una escena nocturna, solo iluminada por los haces de luz que desprendían unas dispersas farolas, me acosté sobre el césped seco y aun ardiente próximo al torreón. A mí alrededor cantaban los grillos, y sobre mí las estrellas brillaban en el firmamento. Y entonces olvidé las preocupaciones, los miedos y la ansiedad, era como si la tensión de los últimos meses por fin hubiera desaparecido... y me quede dormido.



CASTANET



Desperté con un precioso amanecer, donde las sombras comenzaban a dejar paso a un juego de luces, donde los primeros rayos solares jugaban con los perfiles de las montañas. A una noche cálida le siguió un día caluroso, y de camino al parquin recorrí por última vez la aldea. Un brillante cielo se elevaba por encima de unos callejones aun en penumbra y este luminoso amanecer me tonificó para empezar otro nuevo día. Tenía previsto subir a lo más alto del Lozère.

Descendí al lago para tomar la carretera de Mende... y al traspasar el puente que cruza el lago, disfruté de otra bella vista. En estas tempranas horas el embalse se hallaba solitario, lo que le dotaba de cierto aire de naturalidad. La deleitable combinación de verde y azul, bosque y agua, luces y sombras.

En la calma indiferente del lago, en la quietud del bosque y envuelta con paraje frondoso, asomó como una ilusión la bella doble imagen de Castanet reflejada en la quietud del lago. Rodeada de pequeñas islas, penínsulas arboladas, los prados exquisitos y la pulcritud del entorno característico paisaje francés, limpieza, respeto, cariño, cuidado y buen gusto por su vivienda, su pueblo y su hábitat.





Los muros del castillo, recientemente remodelado, brillaban al sol con una blancura extrema y me cautivaban gracias a su absoluta sencillez y la especial ubicación al borde del lago.

El castillo data del s.XIII, pero es a partir del 1578 cuando se realizan sucesivas y profundas transformaciones para convertirlo en mansión residencial. Consta de un cuadrilátero de granito flanqueado de tres torres truncadas y todo cubierto de techumbre.

La pequeña fortificación se localizaba en un entorno tranquilo y hermoso con un cuidado césped y alguna zona de picnic. Había algunos paseos, por senderos bajo los castaños, que acordonaban las frondosas márgenes del lago (Castanet significa castaña en lengua occitana) en absoluta soledad, silencio y recogimiento. Los pájaros cantaban con el nuevo día, y junto al agua el aire era más fresco.

Atravesando la carretera llegué a la aldea que se ubicaba en una empinada ladera saturada de exuberantes bosques. El poblado de, típica construcción funcional y sólida, es otro bello ejemplo del estilo conservacionista del francés por su patrimonio. No hay viviendas abandonadas ni ruinosas y atesoraba el encanto de bella naturalidad con callejuelas toscamente empedradas, fuentes, muros austeros y tejados de losas o pizarra. Desde lo alto de la población se contemplaba una bonita imagen sobre el lago y su entorno.







MONT LOZÈRE – SOMMET DE FINIELS 1699 mts



La carretera remontaba el valle, por donde fluye el río Altier que alimenta el pantano de Villefort; perdí de vista el horizonte ya que la carretera se adentró en una zona muy boscosa que me ocultaba la visión del valle.

Mas allí, apenas visible por los tupidos bosques, asomó a la izquierda las bellas torres del castillo de Champ del s.XV. Ganando altura el paisaje cambiaba y la carretera se encontraba flanqueada de amplios prados que ofrecían una soberbia vista sobre las colinas del Lozère.

En el col des Tribes, a 1131 metros de altitud, finalizaba el valle del Altier y descubrí un arroyo de montaña, era el incipiente fluir del Lot. Río que será una encantadora compañía en las posteriores etapas del viaje.

Dejé la carretera que lleva a Mende en “Le Bleyard” y siguiendo la señalización del Col de Finiels o Pont de Montvert llegué a un lugar conocido como “Chalet du Mont Lozère”.

Aparecía rodeado de jóvenes abetos, un albergue-hotel he infraestructuras para senderistas o paseos a caballo y que en invierno se trasforma en estación de Ski de fondo. En este lugar había un gran parque rodeado de extensos prados y zonas naturales.







Con la primera vista sentía el inmenso gozo que precede a las grandes alegrías, me embargaba la ilusión de la fácil subida a la cumbre del Finiels.

Dejado el parquin, y a la izquierda de la carretera que lleva al Col de Finiels, empecé la subida por una pista herbosa que se encontraba flanqueada de fragantes abetos y que parecía acondicionada para actividades invernales de Ski.

Descubrí un sendero estupendamente balizado y señalizado. Sin ninguna dificultad la senda subía entre manchas de hierba, landas de retamas y bonitos brezos Alpinos que me embargaban de perfumes, a la vez que la vista se colmaba de espléndidas imágenes del horizonte. Una hilera de grandes piedras plantadas verticalmente, similares a los menhires, delinear el itinerario rodeado de grandes praderas de alta montaña; entre un paisaje sorprendente a la vez que relajante.

Era un camino amplio y directo que cruzaba grandes prados de pastos salpicados de rebaños de ovejas, muy típico del Mont Lozère; al llegar a la cresta disfruté de una estupenda vista de los relieves circundantes. Ya solo queda remontar la cresta siguiendo la huella del sendero entre turberas, pastos, el aroma del campo y los brezos... contemplando las vistas bajo el soberbio cielo azul de un día estupendo, inmejorable, perfecto... que me permitía disfrutar al máximo de esta fácil ascensión.









El Mont Lozère es un paraíso para los excursionistas, siendo la cumbre del Finiels la más alta del Cevennes. Su cima presentaba una gran meseta herbosa bajo un inmenso horizonte de cielo azul. El paisaje que se extendía, tornándose de verde pajizo a verdes intensos, en el horizonte y las oscuras formas de los bosques o las lomas de las suaves colinas se desvanecían en pequeños valles de campos fértiles en medio de un mar infinito de densos bosques. Unas mesas de orientación me ayudaban a reconocer las imágenes que aparecían en la lejanía. Me tendí sobre la tierra, tamizada de hierba o paja, y cerré los ojos. Me dejé envolver del intenso aroma de las plantas silvestres, de los perfumes de retamas que impregnaba el lugar... y sentí una libertad sin límites.



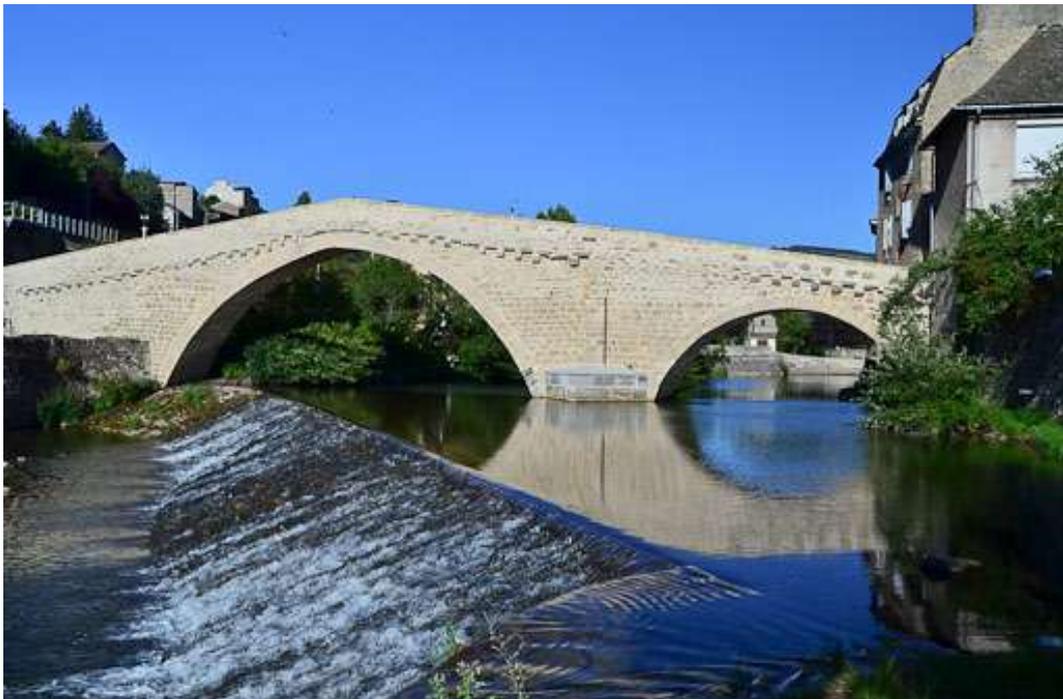
MENDE



Después de este paseo, a lo más alto del Lozère, continué el viaje hacia Mende. La carretera atravesaba un valle encajonado entre desfiladeros rocosos y boscosos, por donde fluía el río Lot, y me llevaba a la capital del Lozère, Mende.

El área de AC se encuentra detrás de un centro comercial y al borde del Lot. Las aguas caían por una represa en un relajante borboteo que impregnaba de humedad y frescor el aire seco y caliente de otro ardiente día. Me aproximé al Pont Notre-Dame del s.XIV, que con su gran arco central, permite el libre discurrir del Lot en las embestidas violentas de las inundaciones. Desde el puente gocé del paisaje de sus orillas y de la experiencia de traspasar su primer puente histórico (le Lot, viejo conocido mío, al que he cruzado muchos de sus más importantes puentes, y en este viaje, visitare alguno más).

El área de AC y el puente están muy próximos al centro histórico de Mende, y desde este lugar en un breve paseo llegué a la catedral que se alza majestuosa dominando, con sus campanarios desiguales, una amplia plaza.





La catedral fue construida a partir de 1368 a petición del Papa Urbano V (el que he conocido visitando el Tarn) y una escultura suya le recuerda a la entrada del recinto. En 1579, durante las guerras de religión, Mende fue ocupada durante dos años por las tropas hugonotes, durante este periodo la catedral sufrió grandes destrozos, siendo rehabilitada a partir del 1600.

Huyendo, del fuerte calor que ahoga la plaza, entré en este imponente monumento y en cuanto atravesé el umbral me colmo el ambiente fresco de su oscuro interior. Era sobrecogedor entrar en aquella pobremente iluminada construcción. Penumbra que no permitía ver con detalle las obras maestras que alberga.

Estaba lo suficientemente oscuro como para contener un ligero halo de misterio... crear un ambiente relajante, una atmosfera de dulce y silenciosa de recogimiento que me estimuló a sentarme y reposar. Solo se escuchaban silenciosos pasos de visitantes y suaves murmullos de conversaciones.

Alrededor de la catedral partían numerosas callejuelas que me adentraban en el casco histórico. Paseaba, bajo el tórrido sol y buscando la sombra, entre callejones empedrados, callejas extraordinariamente estrechas y rodeadas de viejas casas centenarias. Había pequeñas plazas con numerosas fuentes que humedecían y refrescaban el bochornoso ambiente... cálido y seco de este día.





En las calles, que por su amplitud se asemejaban a pequeños bulevares, encontré mucha actividad comercial y eran excelentes para los amantes del shopping. Numerosas pequeñas tiendas y comercios, restaurantes y terrazas ocupaban calles y plazas.

Mende tenía un cierto encanto provinciano, un ambiente de pueblo y una atmosfera tranquila; es un casco histórico pequeño que se visita rápidamente.

Paseando por sus calles, y a la sombra de sus edificios, localicé algún resto de su antigua historia como la torre de los Penitentes. Un torreón vestigio de las antiguas murallas, hoy desaparecidas, que protegieron a la ciudad durante los violentos episodios de la guerra de los cien años.

Después de este tranquilo paseo y una apacible pernocta, llené el depósito de gasoil (hay numerosos centros comerciales con gasoil a buen precio, y las próximas etapas serán por pequeños núcleos rurales) y continué viaje hacia las tierras de Geuvadán, Aubrac y la Margueride, siguiendo el curso del río Lot.









MARVEJOLS



Marvejols se encuentra situada a 640 metros de altura en un bonito valle en la orilla derecha de La Colagne, un río que nace en las altas planicies de Gévaudan y se une al Lot, un poco más adelante. A los atractivos de la ciudad, se les incorpora los alrededores que invitan a realizar excursiones por territorios pintorescos y salvajemente naturales como son las tierras de Aubrac y la Margeride. Comarcas que colindan al Este y al Oeste con las tierras de Gévaudan.

Traspassando la puerta fortificada de Souveyran del s.XVII, situada bajo la protección de la imponente mole de sus gruesas torres redondas, entré en la ciudad medieval. Siguiendo unos medallones (con la imagen tallada de Enrique IV, embutidos en el suelo y con un folleto conseguido en la oficina de turismo), la ciudad me guiaba a través de su historia. Al tiempo que descubría sus estrechas calles y sus antiguas casas.

En el 1307 el rey Felipe el hermoso (el que exterminó a los templarios) la convirtió en villa real declarándola la capital del Gévaudan. Fortificada durante la guerra de los cien años, sus murallas se enfrentaron a los ingleses, defendiendo esta ciudad como posesión francesa.





Posteriormente la villa apoyo la causa del líder hugonote, Enrique de Navarra en el s.XVI, convirtiéndose al protestantismo.

Durante la guerra, entre los católicos de Enrique III rey de Francia, y los hugonotes de Enrique Rey de Navarra, la comarca del Gévaudan vivió terribles enfrentamientos. Siendo la ciudad sitiada, saqueada, incendiada y los $\frac{3}{4}$ de su población asesinada y sus murallas derruidas.

Después de su huida de Paris, donde había estado preso, Enrique de Navarra lidera la lucha contra el ejército católico al que derrota. Retorna a Paris, esta vez para ser coronado Rey de Francia, con el nombre de Enrique IV. Primer rey Borbón (el que según cuenta la leyenda dejo la frase "Paris bien vale una misa").

Este Rey agradeció, a la ciudad mártir el sacrificio por su causa, ayudándola en su reconstrucción. Hoy la ciudad le homenajea con estos medallones, su nombre en alguna calle y esculturas.

Recorría su pequeño casco histórico, delimitado por las tres puertas medievales que aún se conservan. Discurría por rectos boulevares y encerradas plazas, descubriendo hermosas fachadas renacentistas del sXVII. Saliendo de las amplias avenidas me introduje en estrechos callejones, de aspecto medieval, donde las edificaciones me revelaban el lado más natural de la ciudad, con sus fachadas desconchadas, desvelando las cicatrices el transcurso del tiempo.







LE MALZIEU, las tierras de Peyre y la Bestia de Gévaudan



Marché de la ciudad siguiendo el valle de la Colagne. Recuerdo al lector que me estaba desplazando sin GPS ni copiloto, ya que viajaba solo, por lo que tenía la difícil tarea de orientarme con el mapa a la vez que conducía por las extrañas tierras de Gévaudan.

Buscaba las señales que me llevasen a la aldea de St Leger de Peyre (aldea que debía atravesar para llegar a la Roc de Peyre) dejando la carretera principal y entrando en un laberinto de pequeñas carreteras. Conducía por una zona caótica de grandes bloques de granito erosionados por el tiempo; la carretera se incrustaba en las gargantas del río Cruize y atravesaba lugares con sugerentes nombres como el valle del infierno.

Subiendo fuertes pendientes llegué a la alta planicie de Peyre y el paisaje cambió, se abrieron exuberantes bosques junto a brezales y prados. Las carreteras se entrecruzaban, pero en todas encontraba el cartel informativo que me llevaría a la Roc de Peyre.

El lugar por el que conducía es un remanso de paz, un lugar de silencios, susurros... setos y muros de piedra, campos llenos de florecillas silvestres y vacas... y se percibía un olor a estiércol y animales. Y de repente, sobre las copas de los árboles, percibí asomarse una gran cruz blanca sobre una colina.





En el parquin acondicionado de la Roc de Peyre comenzaba un breve, pero empinado sendero, que me llevaba a lo alto de este pitón volcánico situado a 1.179 metros de altura. Al alcanzar la cima inmediatamente fui recompensado con una gran panorámica y una ligera sensación de estar flotando...

Una vista, de magia cautivadora, por su amplitud de horizontes y la belleza de un paisaje de colinas, montes, bosques y prados en una variedad infinita de tonos verdes. En las lejanías descubría las tierras de Aubrac, La Margeride, le Plomb du Cantal en Auvernia, L'Aigoual y les Causses.

Sobre esta roca estuvo situado el castillo de la baronía de Peyre, uno de los más poderosos de Gévaudan. Este castillo, que era considerado inexpugnable, fue destruido durante las guerras de religión del s.XVI por las tropas católicas, con tal brutalidad que hoy no queda ningún resto de la fortaleza. Solo las paredes rocosas verticales que rodean el lugar y la grandiosa visión que se divisaba desde esta roca, me hacía comprender la situación estratégica del desaparecido castillo.

Marché de este lugar buscando, entre los diferentes caminos, la señal que me llevase a la aldea de Le Malzieu. Como en la subida, la bajada la realicé entre extensos bosques de hayas y pinos silvestres, entre los que aparecían amplios prados salpicados de arroyos, fuentes y resplandecientes manantiales que brotaban desde los bosques. El olor, húmedo y familiar del suelo, penetraba en el vehículo a través de las ventanillas bajadas. La frondosidad oscurecía el cielo y me resguardaba, con su sombra, de los rayos del inclemente sol.





Alcancé la carretera de Mende y descendiendo se abrió ante mí, el panorama de la gran planicie de Gévaudan. Al fondo, como si de un decorado se tratara, se hallaba la bonita aldea de Le Malzieu. Rodeada de fértiles campos y prados regados por la sinuosa banda plateada del río La Truyère (río que nace en la Margeride y que después de rodear las tierras de Aubrac se une al Lot en la población de Entraygues, lugar visitare en este viaje).

Le Malzieu es una ciudad medieval del s.XIII, situada en el corazón de la alta Margeride y en el mismo centro de la región de Gévaudan y a 860 metros de altura, en los límites de la Lozère con la región de Auvernia.

La aldea se ubicaba en un entorno rural, de hermosos bosques y verde naturaleza bañada por La Truyère, por lo recibe el nombre de la *Perle de la Vallée*.

A mi llegada, fui recibido por sus murallas con unas alturas de 8 a 10 m, y flanqueada de macizas torres que fueron erigidas en los s.XI al s.XIII. La muralla, que delimita la ciudad medieval, conserva muchos tramos y vestigios de los antiguos lienzos de sus muros, junto a restos del desaparecido foso.

Las antiguas murallas se han transformado en solidas viviendas, que asemejan baluartes, y en otros puntos las ventanas de las viviendas se han abierto camino en los antiguos lienzos defensivos.





Entrando por la antigua puerta de Saugues, que conserva sus dispositivos de defensa, visitaba este pueblo medieval que ha sido capaz de conservar un patrimonio arquitectónico exquisitamente cuidado y conservado. Recorría sus encantadoras calles con el alivio que me producía la sombra de sus aleros y la protección de sus casas ante el impetuoso sol.

En el s.XVII la peste asoló Le Malzieu y provocó la muerte del 80% de su población, para evitar su propagación se prendió fuego a las casas afectadas por la plaga y el fuego se generalizó arrasando una gran parte de la ciudad. La ciudad se reconstruyó con la ayuda de albañiles italianos que dotaron de una particularidad arquitectónica original y única a la ciudad. El recorrido por sus encantadoras calles me permitía apreciar sus fachadas de ventanales y portones de extraordinaria creación.

En este deambular descubrí la "Tour de L'horloge", el antiguo torreón del desaparecido castillo. Pasaba por la Place La Rozière, con su antiguo convento y el adarve que bordea el antiguo camino de ronda de las murallas.

El camino a Compostela, que viene del Puy, atraviesa este lugar (como atestiguan las numerosas conchas esculpidas en la pared de la iglesia) en dirección a las aisladas tierras de Aubrac. Para vadear el Lot por el puente gótico de Espalion, en su camino a la increíble aldea de Conques.





LA LEGENDA DE LA BÊTE DU GÉVAUDAN – Como recuerda esta población, con un museo dedicado a este hecho. Le Malzieu fue el epicentro de una historia, que amplificada por la prensa sensacionalista de la época, tuvo alarmada a toda Francia y a la propia corte en Paris que envió las tropas reales en busca de tan misterioso animal. La comarca de Le Malzieu aportó una docena de muertos, a la larga lista de más de 100 víctimas, en la región de Gévaudan. Un amplio territorio que ocupa parte de la Lozère, el Cantal y el Haute Loire en Auvernia.

El 30 de junio de 1764 Jeanne Boulet, una joven de 14 años que cuidaba del ganado a plena luz del día, es atacada por un animal. Esta muerte es la primera de una larga serie marcada por más de tres años de masacres.

La “Bête du Gévaudan” superó rápidamente a todas las noticias de la época, al punto de lograr la movilización de las tropas reales y dar lugar a toda clase de rumores tanto sobre su naturaleza. Vista por todos como un lobo, un animal exótico, un monstruo, o la implicación humana como un hombre lobo o un asesino sexual.

Relatos de testigos no reconocieron a este animal como un lobo, sino que lo denominaban directamente con el término bestia. La “Bête” en lengua occitana, ya que como hombres del campo, conocedores de la fisonomía de los lobos, no distinguieron a la Bestia como tal. Les resultaba un animal desconocido y exótico que nunca habían visto antes.





También, sugieren los testigos, la invulnerabilidad de esta Bestia a las armas de fuego, al ser alcanzada por los disparos y no caer. Asimismo se le atribuye el poder de estar en varios lugares con varios kilómetros de distancia (la región que abarca las tierras de Gèvaudan es muy extensa).

Además hablan de la audacia de la Bestia de atacar en plena ciudad a la luz del día. Y narran a una Bestia muy agresiva y ágil, que no siempre mataba por hambre, y que tenía la habilidad de saltar por paredes o penetrar en haciendas protegidas.

Numerosas conjeturas surgieron entonces, y aun hoy, se especula sobre este hecho. Una teoría de que era un lobo especialmente agresivo y que, contrario a los hábitos de su especie, actuase en solitario. Otra teoría es que se tratase de un animal lejano, exótico y salvaje escapado de algún espectáculo de circo que recorrían en carreta los caminos de población en población.

Otras hipótesis hablan de la intervención humana, si no en todas, si en algunas de las víctimas. La de un asesino en serie sexual ya que las víctimas se trataban de mujeres y niñas, muchas de las cuales fueron encontradas desnudas, decapitadas y con mutilaciones incongruentes con las realizadas por un animal. Siendo las mordeduras posteriores a su abandono.





Y otras teorías hablan de un complot de un noble de la región, que junto a un campesino, usaron a un perro que había sido adiestrado para la guerra (durante el s.XVI se adiestraban a perros para el combate contra las tropas enemigas. Se les lanzaba en manada protegidos con un blindaje de pieles de jabalí, una piel dura y tupida, que les defendía de las armas de fuego, lanzas o golpes de espada) según esta hipótesis, la bestia atacaba siempre acompañada de varias personas.

Esta última teoría, de un animal asesino por la intervención de los notables de la región con intención de debilitar el poder central de Paris, es el que se usa como argumento en la película de "Pacto de Lobos".

El 19 de Junio de 1767 fue abatido un gran lobo, que según la tradición, el animal matado sería la Bestia de Gévaudan, debido a que después de ésta fecha ninguna muerte le fue atribuida.

Este animal se trasladó a Paris y sus restos desaparecieron en un incendio. Hoy no queda ningún vestigio para su estudio al animal que se le señalo como la Bestia de Gévaudan.

Numerosos gravados, pinturas, esculturas o relatos... y su recuerdo, se divulga en todas las aldeas de la región, desde el sur de Auvernia al norte de la Lozère.





El sol resplandeciente en lo alto del cielo inició su ocaso con su luz cálida y dorada, las sombras se alargaban y los pocos comercios cerraron sus puertas. Opté pasar la noche en el parquin de esta tranquila y silenciosa población; pero el interior vehículo, aparcado al sol durante todo el día, era sofocante. Con rapidez me cambié de ropa, recogí algo para comer, un libro y salté al exterior con la cabeza perlada de sudor. Con agrado seleccioné disfrutar de aquella, bella y calurosa, noche en la calle.

Hallé un lugar tranquilo donde esperar el frescor del crepúsculo y me acomodé en una plaza recogida, solitaria y encantadora. De una fuente manaba un pequeño manantial de agua y el gorgoteo del agua rebotaba en las silenciosas paredes que envolvían la plaza. Introduje la cabeza debajo del caño, con lo que logré limpiar el sudor acumulado a lo largo del día. La sangre circulaba y estimulaba mis sentidos, abotargados por el fuerte calor.

Encontré un banco junto a la fuente y al lado de un parque con numerosos adornos florales, aromas y fragancias de las flores y brezos de lavanda me envolvían. Levanté la cabeza y contemplé las estrellas que esa noche salpicaban la bóveda del cielo.

Una vetusta farola lanzaba una suave luz amarillenta, dotando de calidez y magia a este lugar, que me permitió vivir un rato inolvidable hasta bien entrada la noche. De vuelta, anduve por calles desiertas, aparecía la sombra de algún gato o escuchaba el aullido de un perro... Tuve el recuerdo de la Bête... E imaginé sobre estos pueblos en la antigüedad, con sus callejuelas en total oscuridad...





LE MONASTIER



Al rayar el Alba el silencio era abrumador y tumbado en la cama escuchaba el canto del cuco, una maravillosa forma de despertar. La noche había sido demasiado corta... el amanecer llegó temprano, era Julio, y bajo un cielo totalmente despejado el sol se elevó en una vasta claridad, anunciando otro día caluroso.

De regreso a mi delirante viaje, ahora retornaba por la carretera de Marvejols, siguiendo las estribaciones de las tierras de Aubrac. Al poco apareció la señal que indicaba el Parc des loups du Gévaudan, un lugar donde residen en semilibertad numerosos lobos de diferentes países.

Alcancé otra vez Marvejols y volví a recorrer las puertas medievales, continuando por la orilla del río La Colagne hacia el sur.

Al poco, llegué a la población de Le Monastier, situada en la margen derecha de La Colagne, y al borde de la carretera se elevaba una construcción románica de ejecución sencilla y arcaica. Estacioné el vehículo y salí a explorar este lugar, al que no tenía prevista la visita, y descubrí una bella arquitectura monacal.

Era un lugar considerado esencial, por ser una importante encrucijada de las rutas de comercio, comunicaciones y peregrinaje. En 1079 se terminó de construir el convento dedicado a San Salvador de Chirac y el oratorio se construyó entre el 1090 y 1095 como iglesia mayor del priorato.

En el s.XIV, Guillaume de Grimoard, futuro Papa Urbano V (del que he hablado en Mende y en el Tarn) hizo su noviciado en el monasterio de San Salvador, recibió los votos y las órdenes del sacerdocio.

Urbano V no olvidó a la tierra que le vio nacer, y así como realizó construcciones en el Tarn y Mende. También en “La Colagne” ayudó a la creación de fortificaciones como la de Marvejols y en la aldea de Le Monastier.

La guerra de los cien años irrumpió violentamente en tierras de Gévaudan y la paz retornó con la división de la frontera entre las posesiones Inglesas y francesas en 1360, en la que se adjudica a los ingleses sus límites en la Rouergue (durante este viaje veré la bastida). Gévaudan se convierte en una tierra fronteriza donde dominaban las bandas de mercenarios, que sin un sueldo por la tregua, vivían de los saqueos.

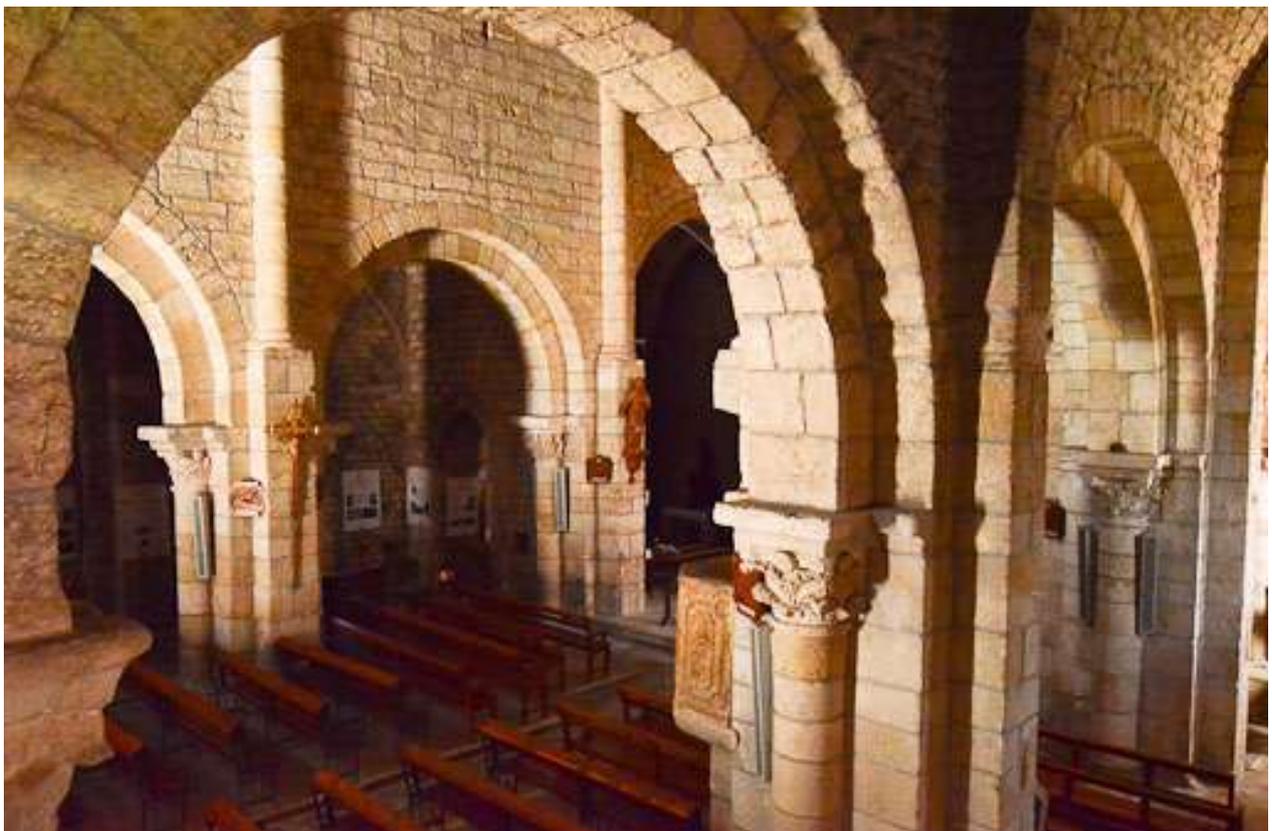
Bajo un implacable sol realicé un bonito paseo del exterior, visitando su primitivo románico y su construcción de añeja piedra que formaba una amalgama de pintorescos contornos. Después ingresé en su interior, silencioso y fresco... muy fresco.



Estas pequeñas iglesias Románicas, en un paisaje rural, son lugares de paz que me producen un efecto de continuidad histórica, me trasportan al pasado, son inmutables en el tiempo.

Tienen la gracia de su recogimiento (al contrario de las grandes catedrales góticas) y su encanto reside en lo humano de sus medidas. Sus volúmenes provocaban un efecto tranquilizante, de aislamiento, de quietud. Los gruesos muros y sus pequeños y oscuros ventanales me aislaban del exterior.

Sus formas puras suavizan y conmueven el alma... y bajo el techo abovedado reinaba un silencio absoluto, tan intenso que solo oía el suave siseo de mi respiración.



LA CONOURGUE



El viaje continuaba siguiendo el curso del río La Colagne y, poco antes de alcanzar el río Lot, descubrí esta encantadora población. La Conourgue asomaba en pequeño valle del Lot cercado de cerrados bosques, lo que le confería un aspecto solitario que le ha permitido preservar su pintoresco patrimonio rodeado de un bonito paisaje de natural verdor.

Las aguas del Urugne se abrían paso a través de la población produciendo inundaciones con cierta frecuencia. Se perforaron túneles para desviar su curso principal, se construyeron diques y canales atravesando la aldea. Estos cauces fueron aprovechados para la producción de actividades industriales como molinos, tintoreros, lavanderías... y durante siglos la transformación de este paisajismo, de ramificaciones del Urugne, construyó la “pequeña Venecia del Lozère”.

La población emergía del pasado en todo su esplendor y estos canales, alimentados por las limpias aguas del Urugne, le confieren un innegable e inusual encanto. Un agradable pueblo tranquilo cuya vida discurría a la misma velocidad del agua que fluye entre sus viviendas.





Me aproximé al centro de la villa en un bonito paseo. Atravesaba innumerables canales por los que fluía, en un suave murmullo, una limpia agua. El bochorno del calor era alejado por la húmeda frescura que emanaba de sus canales... sus muros, cubiertos de hiedra y musgo, transmitían el olor húmedo y familiar de las piedras de la salvaje naturaleza. Una estrecha calle, flanqueada de setos y florestas y a la que se asomaban bellos jardines, zigzagueaba entre ambas orillas cruzando pequeños puentes bellamente decorados con flores de las que emanaban apasionantes fragancias silvestres. Por momentos el camino avanzaba a la sombra, en la oscuridad, por debajo de galerías de viviendas cuyos muros eran lamidos por las aguas del canal.

En la antigüedad estas viviendas poseían cada una su propio telar y en el mismo canal se limpiaban las lanas de las ovejas del Lozère. Se manufacturaban estupendos tejidos de lana, comercio que cayó en desuso con la introducción del algodón.

Estos canales han configurado la urbanización de la aldea. Los pequeños callejones peatonales seguían el curso laberíntico de los canales, cuidadosamente limpios y bellamente decorados, con sencillas esculturas de piedras redondas y alambres que simulan aves acuáticas. Aparecían casas llenas de encanto, unas viviendas que me enseñaron un bonito hábitat rural estupendamente conservado.







Los canales, ya más parecidos a jardines zen, me condujeron por estrechos callejones a un centro histórico dominado por una encantadora plaza. La "Place au Blé" un conjunto que destacaba por su hermosura y la variedad de edificios, soportales, fachadas entramadas y la torre de la iglesia que sobresalía del conjunto.







Quede embaucado por el laberinto de sus callejones pavimentados y hermosas casas medievales de piedra, unas entramadas de madera y otras renacentistas. Los comercios de artesanía y de producción local, abrían sus puertas a las calles, en un intento de mantener las tradiciones intactas.

Estos típicos callejones, con sus sinuosas callejuelas y antiguas viviendas, estaban renovados de una forma inteligente, mostrando la originalidad de sus paredes, sin falsos revoques ni nuevas piedras. Sus calles me enseñaron el auténtico pasado rural de su gente trabajadora, un ejemplo de hábitat rural sabiamente conservado de una forma natural.

En la periferia la ciudad parecía fundirse con el paisaje y lo urbano se vinculaba con lo rural. Caminaba por senderos rodeados de antiguos muros semiderruidos que separaban las parcelas de los huertos, cultivos y prados. Campos alimentados por la abundancia de agua de los canales del Urugne. En el centro de la aldea había una pequeña colina, por la que ascendí entre callejones, y llegué a un lugar encantador y tranquilo, donde se hallaba la torre de un reloj, y había unas bellas vistas de las casas circundantes.

Por último, y como despedida, coroné una colina cercana para contemplar una panorámica de La Canourgue. Era un emplazamiento natural de excepción, con una magia cautivadora en este salvaje y aislado lugar. Al marchar descubrí que en el centro de la localidad se ubicaba un área de AC.





SAINT-GENIEZ-D'OLT



Al salir de La Canourgue entré en el valle del Lot, cambiando de región. Abandoné la Lozère e irrumpí en el Aveyron y, en este lugar, el río Lot recobra su original nombre Occitano de Olt.

El Olt recorre las estribaciones Sur del macizo de Aubrac entre fértiles valles, vergeles naturales, viñedos y grandes bosques de pinos. El valle del Olt se hallaba inmerso en una tranquila serenidad privilegiada, placidez que impregnaba el ambiente de los maravillosos pueblos que atravesaba.

Sus valles eran bonitos, intensamente verdes y entre sus extraordinarios pueblos aparecían algunos de los destacados con el distintivo de “Les Plus Beaux Villages de France”.

Viajaba por una carretera flanqueada de árboles, que iluminados por el sol de la tarde, arrojaban su alargada sombra sobre la carretera; hilos de resplandeciente luz o rayos de sol logran atravesarlos y llegar al suelo. Extensos bosques rayaban sus colinas y un manto de espeso bosques cubría sus valles y riberas.





Siguiendo el curso del Olt, y al alcanzar la población de Saint- Laurent, paré un momento para asomarme al puente y saludar al río Olt y celebrar el inicio de la ruta por la región del Aveyron. Viajaba envuelto de un paraíso fascinante y sereno, impregnado de fragancias y de colores. Me rodeaba el verde intenso de los bosques y por encima de mí se abría la cúpula azul de un cielo sin fin.

Llegué a la Población de Saint-Geniez-D'Olt y estacioné en el lugar de la pernocta. Un parquin mixto y tranquilo dentro del pueblo y cercano a la carretera que lo atraviesa.

La ciudad era agradable, con mucha actividad comercial... restaurantes, comercios, terrazas o cafés... donde habitantes y unos pocos turistas deambulaban con aspecto de felicidad. El día tocaba a su fin y quedaba poco tiempo de luz. Caminaba entre iglesias, capillas, mansiones y grandes plazas, una riqueza arquitectónica testigo de una época prospera de la ciudad.

Llegué la Place du Marche, decorada con una bella fuente, y crucé el Olt por el Pont Vieux. En este lugar se encuentran los barrios más antiguos y típicos de la población, con sus casas altas y estrechas y algunas con entramado de madera.

El puente lo tenía cerca, me aproximé, lo crucé, me detuve... y reposé el cuerpo apoyándome sobre la barandilla, al lado de la escultura de "Les Marmots", situada en el centro del puente.







La magia de los puentes no tiene igual, siempre nos enseñan un horizonte... un paisaje... algo que admirar, ¿Quién cruza un puente sin mirar más allá? El puente es una pequeña isla, un lugar donde respirar... asomarse al río... ver como fluye con tranquilidad... recoger su aroma... sus sonidos.

Los puentes, a menudo, representan de una manera simbólica el camino entre el mundo físico y el mundo etéreo. Los pueblos instalan sobre los puentes lo que les es más querido, sus oratorios, cruces o santos. En este puente la población de Saint Geniez d'Olt tiene instalado su enseña. La escultura de "Les Marmots".

La paz y la serenidad me invadían por completo y me dejaba llevar por los sentidos observando las bellas, curiosas y novedosas imágenes que me transmitían. Contemplaba, con una indiscreta curiosidad, a las personas que se hallaban en sus orillas. Los había que paseaban, otros pescaban y varios disfrutaban sentados al sol.

Observando, las ventanas abiertas en las fachadas, la imaginación me componía estampas de aquella época floreciente de tintoreros y telares asomándose al río. Paredes que habían acogido historias, nacimientos o muertes, amores, trabajos, éxitos o fracasos, ilusiones o desesperanzas... en definitiva, todo lo que acarrea la propia vida.





Cuenta una leyenda, del s.XV, que los hijos de un pescador habían capturado una marmota. Un día de tormenta el animal huye asustado y los niños corren en su búsqueda, mientras la violenta tormenta arrasa el valle bajo un verdadero diluvio. A su regreso la aldea ha sido destruida, numerosas viviendas han desaparecido y con ellas su padre. Los niños se habían salvado gracias a la Marmota.

A los niños se les apodo “Les Marmots”, nombre que paso a los habitantes de su mismo barrio y posteriormente se extendió a los habitantes de toda la ciudad.

Desde el puente contemplaba una villa, de clásica arquitectura al borde del Olt, que se enriqueció con el comercio de los tejidos. La villa, asentada sobre las dos riberas del Olt, conservaba su característica más medieval en su margen derecha, con sus calles empinadas y estrechas entre casas de altos pisos.

El sol resplandecía en un cálido atardecer y descendí al río en busca del frescor. Paseaba por sus largos Quais al borde del agua, primero una orilla... y después la otra. Caminaba con la cámara de fotos buscando imágenes del río, pero la serenidad y la frescura que emanaba de este lugar me estimularon a sentarme al borde del agua.

Y entonces dejaba vagar la mirada con una curiosidad infinita... pensando como a veces las utopías de los sueños se hacen realidad.





Al otro lado del puente se erigía un extraño mausoleo y la guía de viaje me relató su historia. El mausoleo Talabot rinde homenaje a Marie Talabot, hija de esta tierra y esposa del ingeniero Talabot que fue el pionero en la construcción del ferrocarril en Europa.

Enfermó de neumonía durante la inauguración de la Tour Eiffel en París y lego, como testamento, su fortuna a los pobres de Saint Geniez y la realización de un mausoleo que sirviera de sepultura.

Se elevaba este mausoleo sobre el emplazamiento del antiguo castillo, en un promontorio que domina la ciudad. Desde la altura de este lugar obtenía una panorámica fantástica. A mis pies se extendía la ciudad y sus numerosos tejados y pináculos con tejas de pizarra y el río Olt discurriendo suavemente. Y como telón de fondo la frondosa naturaleza del valle del Olt.

Al atardecer el cielo se tiñó de rosa y busqué un lugar tranquilo al bode del Olt, era mi momento del olvidarme del viaje y encontrar la abstracción mental con la lectura de una novela. El tiempo transcurría sin darme cuenta, alcé la mirada al cielo y contemplé una mancha negra sembrada de estrellas... las luces de la ciudad se reflejaban desvaídas sobre el Olt y con una profunda añoranza retorné al vehículo.



